

apenas encontraron apoyo popular y se escindieron en múltiples facciones, desde fascistas a socialistas. El definitivo colaboracionismo de los grupos fuertes del nacionalismo bretón con la invasión nazi y la ocupación de Francia, enterró las aspiraciones bretonas al finalizar la II Guerra Mundial.

En conclusión, nos encontramos ante un monográfico revelador de las dinámicas del nacionalismo del siglo XIX y su pervivencia en el discurso político en la opinión pública actual. Como explicaba Eugenio Trías en *Pensar en Público*: “El nacionalismo no ha sido un fenómeno puramente superestructural, como suponía el marxismo, ni tampoco el epifenómeno del romanticismo llamado a desaparecer una vez fuese superado el siglo romántico por excelencia. El nacionalismo es un fenómeno propio y específico de la modernidad, o de la cultura política postilustrada”.

José Antonio Rubio Caballero (Villanueva de la Serena, 1978). Es doctor en Historia, y Profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Extremadura. Su tesis doctoral versó sobre los “Discursos e ideologías nacionalistas en la España democrática. Aplicaciones metodológicas”, ha desarrollado numerosos trabajos centrados en los que han sido ejes de su carrera investigadora: el fenómeno nacionalista y los discursos políticos que gravitan en torno a él.

César Rina Simón
Universidad de Navarra

Herrerín López, Ángel, *Anarquía, dinamita y revolución social. Violencia y represión en la España de entre siglos (1868-1909)*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2011. 293 pp. ISBN: 978-84-8319-582-6. 19€.

Prólogo, Juan Avilés, p. 13. Introducción, p. 17. Cap. 1. Del internacionalismo a los grupos de acción, p. 23. Cap. 2. La rosa de fuego, p. 69. Cap. 3. De la propaganda por el hecho a la propaganda por la represión, p. 129. Cap. 4. Entre la huelga general y el magnicidio, p. 193. Cap. 5. Barcelona siglo XX: el laberinto del terrorismo, p. 235. Conclusiones, p. 281. Bibliografía, p. 289.

Dos movimientos hay en España que no los tiene otro país europeo, al menos con el rasgo que los individualiza: su perduración. Por un lado el carlismo y por otro el anarquismo. Son dos movimientos (más que partidos políticos en el sentido restringido del término) que despertaron al atención foránea desde el

marco de las convulsiones de la guerra civil de 1936 (así lo hizo, por ejemplo Gerald Brenan). Pese a sus muchas y esenciales diferencias, coincidieron en su carácter básicamente popular, en la posición marginal que ocuparon dentro del juego político oficial, en la importancia dada a la creación y desarrollo de una cultura política propia –lo que ayudaría a explicar la fidelidad de sus seguidores–, en la escasa renuencia a la acción violenta... Rasgos todos ellos que mantuvieron a lo largo de un tiempo que en otros países había pasado para ellos o sus iguales.

El libro de Ángel Herrerín insiste en el elemento anarquista de esta pareja de peculiaridades y lo hace desde una perspectiva que resulta de especial interés para quienes se asoman a esta cuestión desde el desconocimiento o desde el conocimiento imperfecto: la contextualización del fenómeno analizado en un marco internacional. Tal vez el riesgo mayor que implica el análisis de movimientos como el citado sea el de aislarlos, el de centrarse en la particularidad, en lo distintivo, y el de olvidar las múltiples conexiones que, en el caso del anarquismo, establecieron con sus iguales de otros países. En las páginas de este libro se inserta la trayectoria del anarquismo español en los fragores de la divergencia entre Marx y Bakunin, la implantación de los objetos generales de debate y los aportes que se hacían desde España. Pero tampoco se cae en el extremo contrario, el de realizar un resumen de los grandes temas sin tocar lo relativo a España. En este sentido, el libro es especialmente recomendable para localizar con precisión, y sin perder de vista el marco más amplio, los orígenes de movimientos que, como el anarquista, sirvieron como punta de lanza en la lucha social de un tiempo y un país en el que una visión completa del mundo estaba en proceso de construcción.

Este proceso concéntrico conduce directamente al objeto central de estas páginas, la cuestión de la violencia. Este libro supone un paso más en una trayectoria ya amplia de estudios relativos al anarquismo, en los cuales se iba perfilando un tema que se desarrollaba en los trabajos siguientes. Un avance de estas páginas nos lo ofreció el autor en el libro que publicó conjuntamente con Juan Avilés, prologuista de éste. Ya allí anunciaba la que puede considerarse tesis central de este libro: la importancia de la represión estatal en la perduración del anarquismo. Los recursos gubernamentales no incidieron en la resolución de los conflictos de fondo que llevaban al ejercicio de la violencia, como la escasa representatividad de las instituciones políticas y primordialmente las injusticias sociales, y cifraron toda su actuación en la represión, especialmente cuando era el ejército el encargado de llevarla a cabo (sobre todo con la ley de

1896). De ahí la acertada caracterización que el autor hace del proceso de difusión del anarquismo, primero con la propaganda por el hecho y, después, con la propaganda por la represión. Para ello, cuenta con una amplia base documental que ilumina casos concretos (Jerez, 1892; atentado del Liceo, 1893; atentado de Cambios Nuevos, Barcelona, 1896 y el proceso por el mismo, en Montjuich ese mismo año; asesinato de Cánovas, 1897; Alcalá del Valle, 1903; atentados contra Maura, 1904 y Alfonso XIII –con implicación republicana-, 1902, 1905, 1906, entre otros) en los que se muestra la incapacidad de las autoridades para hacer frente no ya a la cuestión social de fondo, sino a la violencia en sí misma, frente a la cual se mostraron tan inermes que la respuesta fue brutal, con exclusión de todo tipo de garantías judiciales y un uso habitual de la tortura. Una respuesta a ello fueron las sucesivas campañas internacionales en contra del gobierno español, que mantuvieron una sombra de sospecha permanente sobre sus actuaciones, fuesen cuales fueren incluso aun cuando con el cambio de siglo comenzaran a adoptar posturas menos contundentes, aunque la desorientación permaneciese de fondo.

Una cuestión añadida a ello es la de la imagen del anarquismo. Por un lado la que ofrecían de sí mismos, con el empleo de los “mártires” o los “apóstoles de la idea” como referente y como ejemplo pedagógico y proselitista; por otro, la que de ellos aparecía entre aquellos contra los que se dirigían (Estado-Ejército, capitalismo, Iglesia), que conllevaba la inmediata adjudicación de la responsabilidad ante cualquier acto de violencia, lo hubiesen cometido o no los seguidores de la “idea”. El análisis que realiza de ambos aspectos es revelador de la fuerza de las construcciones y estereotipos, así como del uso de ellos con finalidad política y social. De hecho, en ambas cuestiones trata de desmontar tópicos y lugares comunes, como las divisiones que en el seno del anarquismo existían a la hora de valorar la utilidad de la “propaganda por el hecho”, una muestra de las divergencias entre individualistas y partidarios de la acción colectiva, y la afirmación de que el anarquismo comenzó a despuntar cuando renunció a la violencia y se vinculó al sindicalismo. Por el otro lado, el recurso del Estado a situar detrás de cada atentado una conspiración internacional, lo que llevaba a detenciones masivas y justificaba la amplitud de la represión y su carácter ejemplarizante aunque no impartiera justicia; o la existencia de acciones violentas que no partieron del movimiento libertario, sino de grupos que buscaban lucrarse del miedo, como ejemplifica el caso de Juan Rull (pp. 265-76).

Muy vinculada a la cuestión de la imagen está la relativa a los conceptos, tema en el que se detiene (pp. 176-86), tratando de situar en el tiempo el uso

de términos como terrorismo, terrorista, terrorismo de estado o magnicidio, buscando sobre todo evitar el anacronismo de atribuirles un sentido actual del que carecían en el momento en que ocurrieron estos hechos, es decir, evitando cargarlos del sentido peyorativo que mantienen en la actualidad.

En definitiva, nos encontramos ante un libro claro, revelador y lleno del buen hacer de un historiador que con mirada crítica busca el apoyo con el que examinar los muchos tópicos que aún circulan entre nosotros relativos al anarquismo.

Ángel Herrerín López es profesor en el Departamento de Historia Contemporánea de la UNED de Madrid y de la Fundación Ortega y Gasset de Toledo. Ha sido profesor visitante en la Universidad de Minnesota. Su investigación se ha centrado en la violencia política, el anarquismo, el franquismo y el exilio republicano. Entre sus obras cabe destacar: *La CNT durante el franquismo. Clandestinidad y exilio, 1939-1975* (2004); *El dinero del exilio. Indalecio Prieto y las pugnas de posguerra* (2007) y la edición, con Juan Avilés, de *El nacimiento del terrorismo en occidente. Anarquía, nihilismo y violencia revolucionaria* (2008).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Wallhead, Celia M. (ed.), *Writers of the Spanish Civil War. The testimony of their auto/biographies*, Berna, Peter Lang, 2011. 331 pp. Isbn: 9783034306966. 54.10€

Introduction, p. 7. Cap. 1. Gerald Brenan 1894-1987, Juan Antonio Díaz López, p. 19. Cap. 2. Robert Graves 1895-1985, Margarita Carretero González, p. 65. Cap. 3. Ernest Hemingway 1899-1961, Mauricio D. Aguilera Linde, p. 137. Cap. 4. George Orwell 1903-1950, Rosemary Masters, p. 187. Cap. 5. Stephen Spender 1909-1995, Mary Gleeson, p. 235. Cap. 6. Laurie Lee 1914-1997, Celia Wallhead, p. 281. Afterword, Michael Jacobs, p. 321. Notes on contributors, p. 325. Index, p. 327.

No deja de ser una abrumadora certeza la proliferación de escritos sobre la guerra civil española. Decenas de miles de publicaciones han tratado de escudriñar las claves que sirvan para explicar uno de los acontecimientos más impactantes de un siglo XX ya de por sí pródigo en impactos. Y sin embargo aún queda mucho por decir, como viene a manifestar esta obra colectiva en la que